

# Las misiones evangélicas: una encrucijada de la historia mexicana y estadounidense

**L**a propaganda protestante en México

En el último tercio del siglo XIX, se inició en nuestro país la difusión del cristianismo reformado<sup>1</sup> y el establecimiento de congregaciones integradas por conversos mexicanos. Esta labor estuvo a cargo de misioneros patrocinados por varias iglesias o denominaciones protestantes de Estados Unidos. Comenzó así un nuevo capítulo de la historia que, desde la etapa colonial, han compartido para bien y mal ambas naciones, a causa de su vecindad geográfica. El capítulo sobre las misiones evangélicas<sup>2</sup> aún no se concluye sino que cada día se torna más complejo, entre otras cuestiones debido a que ya no son únicamente los norteamericanos los que realizan proselitismo en la República Mexicana sino que iglesias de origen mexicano, como la Luz del Mundo y la Apostólica de la Fe en Cristo Jesús,<sup>3</sup> envían evangelizadores a fundar sus filiales del otro lado del Río Bravo. Además, en algunos estados las iglesias evangélicas han cobrado importancia a consecuencia significativo aumento de sus feligresías, y representan desde hace unas décadas una verdadera competencia para la religión mayoritaria.

La obra misionera protestante ha sido calificada como la avanzada silenciosa del imperialismo yanqui, y la forma más segura de despojar a los mexicanos de su cultura e identidad nacionales. Varias ideas subyacen a esta apreciación que han hecho suya, junto con algunos sectores de la

\* Centro INAH Jalisco.

<sup>1</sup> En el protestantismo se han desarrollado diversas corrientes teológicas que suelen agruparse en tres ramas: el protestantismo histórico, el pentecostalismo y el paraprotestantismo.

<sup>2</sup> Utilizo como sinónimos los términos “cristiano”, “evangélico” y “protestante” con el fin de no ser tan repetitiva y a sabiendas de que los dos primeros son los que prefieren los fieles de las iglesias protestantes en general para clasificarse a sí mismos.

<sup>3</sup> La Iglesia de La Luz del Mundo nació en la capital jalisciense en 1926. Agrupa al mayor número de creyentes a nivel nacional, después de la Iglesia católica, y ha fundado congregaciones en alrededor de una docena de países, incluyendo Estados Unidos. La Iglesia Apostólica de la Fe en Cristo Jesús se estableció en la década de 1930.

Iglesia católica, individuos y grupos que hacen gala de su liberalismo y defienden el Estado laico. Primero, que la conversión al protestantismo, doctrina religiosa que han difundido principalmente los estadounidenses, equivale a convertirse en un símil de éstos. En otras palabras, niegan la agencia del individuo y su capacidad de manipular creativamente y conforme a sus intereses las ideas e instituciones provenientes del exterior. Segundo, que los misioneros sostienen los mismos ideales, valores y metas de los políticos, empresarios, militares y viajeros. Esto significa a la vez la negación de la agencia y la reiteración de que la sociedad es un todo coherente y homogéneo. Tercero, niegan o ignoran que la tolerancia religiosa implica, además de la convivencia de diversas religiones, el derecho a cambiar de credo religioso o de abstenerse de profesar alguno.

El estudio de la propaganda protestante estadounidense en una sociedad de mayoría católica, como la mexicana, deberá iniciarse reconociendo que tal actividad —como la católica en los albores de la época colonial— da origen a una relación asimétrica entre el evangelizador y el evangelizado, puesto que surge del convencimiento de aquél —y la aceptación de éste— sobre la superioridad de su religión. En el caso que nos ocupa, detrás de esa asimetría que se establece a nivel de los individuos, está presente la enorme desigualdad que ha regido la relación entre México y Estados Unidos, en la cual ha predominado la prepotencia estadounidense en agravio de su vecino del Sur. El resentimiento y la xenofobia que con frecuencia despiertan los ciudadanos de aquel país, entre la población mexicana se nutre tanto de las reivindicaciones nacionalistas frente al gigante del Norte como del antiprotestantismo de los católicos. Asimismo, en la perspectiva del misionero estadounidense influyen los prejuicios que desde hace siglos han existido entre los anglosajones protestantes sobre la sociedad católica y sobre los españoles y latinoamericanos. Este abigarrado conjunto de prejuicios y desequilibrios ha constituido un lastre difícil de sobrellevar, en especial para las iglesias evangélicas mexicanas más antiguas que se han conservado fieles a los principios del protestantismo histórico, y que por lo general mantienen vínculos con las denominaciones estadounidenses de las cuales provienen.



Otro necesario punto de partida consiste en reconocer que, aunque los ideales, las metas y las maneras de proceder son distintas en cada caso, tanto la política imperialista como la política misionera protestante tienen como objetivo una conquista. El proselitismo religioso tiene como finalidad convencer al *otro* de que la religión que se le presenta es superior a las creencias que ha sustentado hasta ese momento, ya sea que éstas provengan de otra doctrina religiosa, o tengan su origen en la indiferencia religiosa o la no creencia. Aún cuando el objetivo último de ese proselitismo sea la salvación del converso, implica otros propósitos —por ejemplo, el crecimiento y predominio de la religión del misionero— que despiertan la sospecha o el rechazo de los que no forman parte del grupo religioso en cuestión. Otro impedimento para que se pueda diferenciar entre ambos tipos de conquista proviene de un hecho

comprobado en repetidas ocasiones a través de la historia: las condiciones que hacen posible una conquista espiritual son el resultado de las acciones colonialistas de los países de origen de los misioneros. Su arribo ha estado precedido del establecimiento de guerreros y militares, comerciantes, especuladores e inversionistas. El caso mexicano resulta paradigmático de la concatenación de esas circunstancias lo cual ha repercutido negativamente para la causa misionera. Por último, tanto el expansionismo territorial y el imperialismo estadounidense como las misiones extranjeras patrocinadas desde Estados Unidos, han mezclado recurrentemente argumentos religiosos y seculares, lo cual ha representado otro obstáculo para la tarea de delimitar los fines de cada una de esas actividades. Esa amalgama de justificaciones se encontraba en el mito del pueblo elegido que los puritanos ingleses esgrimieron para fundar las colonias de la costa noreste del continente americano. Dos siglos más tarde, sus descendientes americanos echaron mano de razones religiosas y seculares para construir una “doctrina justificativa de su poder, de su superioridad y de su predestinado imperialismo”.<sup>4</sup> Por su parte, las misiones extranjeras estadounidenses han combinado la propaganda religiosa con la labor educativa, médica y filantrópica, sobre la base de la indisoluble unidad del evangelismo y el compromiso social. Por lo menos hasta la primera guerra mundial, el propósito fue evangelizar pero, asimismo, “elevar la sociedad humana, transformando los males tradicionales e introduciendo los ideales reformistas”.<sup>5</sup> La asociación de ideales religiosos y seculares que se encuentran en cada una de estas doctrinas tiene su fuente última en dos postulados del puritanismo inglés, a saber: la certeza de que Dios ha encomendado a un pueblo —primero el inglés y luego el estadounidense— la propagación del cristianismo reformado y la expectativa de un orden regenerado.

<sup>4</sup> Juan A. Ortega y Medina, *Destino Manifesto. Sus razones históricas y su raíz teológica*, México, Alianza Editorial Mexicana/ Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1989, p. 9.

<sup>5</sup> James Alan Patterson, “The Loss of a Protestant Missionary Consensus: Foreign Missions and the Fundamentalist-Modern Conflict”, en Joel A. Carpenter and Wilbert R. Shenk, *Earthen Vessels. American Evangelicals and Foreign Missions, 1880-1980*, Gran Rapids, Michigan, William B. Eerdmans Publishing Company, 1990.

Para trascender la teoría de la conspiración, que afirma la existencia de un yanqui imperialista detrás de cada misionero, es conveniente profundizar en la historia estadounidense, buscando conocer los ideales y valores que alentaron la creación de asociaciones dedicadas a las misiones en el extranjero y que convirtieron el proselitismo religioso en una actividad atractiva para jóvenes de ambos sexos, al grado de hacerlos dejar la familia y la patria para dedicarse, con más o menos riesgos, a difundir sus creencias religiosas en países lejanos. Al indagar sobre dichos orígenes, se entiende que la actividad misionera ha participado del espíritu expansionista propio de la sociedad estadounidense pero que también ha sido la consecuencia de influencias culturales que han enfatizado la religiosidad popular, el valor del individuo común y su compromiso con la búsqueda de soluciones a los problemas sociales de cada época. Esto puede ejemplificarse con la fundación de la American Board of Commissioners for Foreign Missions (Junta Americana de Comisionados para las Misiones Extranjeras), conocida como la American Board, que fue la primera asociación que en Estados Unidos se dedicó a las misiones extranjeras.





“Evangelizar el mundo entero”:  
nacimiento de la American Board

Las misiones extranjeras surgieron como una nueva causa que se proponía contrarrestar el avance de la secularización que el clero puritano de Nueva Inglaterra observaba en la sociedad. A lo largo del siglo XVIII, la religión organizada había experimentado un gran retroceso. Aunque la creencia en Dios seguía firmemente extendida, la mayoría de los habitantes se mantenían alejados de las iglesias. Alrededor de 1790, solamente un diez por ciento de la población pertenecía formalmente a alguna organización religiosa. En opinión de los líderes religiosos, la práctica religiosa había descendido y, además, la vida de las personas se orientaba cada vez menos por los principios religiosos sobre los cuales, según ellos, se habían fundado las colonias inglesas de Estados Unidos. En lugar de los elevados ideales de los “Peregrinos”, la codicia y la ambición se habían entronizado en todas partes.

No hay duda de que a lo largo del siglo XVIII actuaron en la sociedad estadounidense poderosas fuerzas no religiosas e incluso antirreligiosas a consecuencia de las enseñanzas de los pensadores de la Ilustración y, principalmente, de Thomas Paine. El título de la obra de este autor, *La era de la razón* (1795), retrataba admirablemente el espíritu de esos años. El lema que sintetizó la doctrina expuesta en esa obra, “Mi país es el mundo y mi religión es hacer el bien”,<sup>6</sup> era otra clara señal de que las iglesias habían sido rebasadas. Además, las ideas de Paine contribuyeron a dilatar la conciencia de los ciudadanos de la joven república hacia otras latitudes, un poco antes de que la introducción de la máquina de vapor diera lugar a mejoras importantes en los medios de transporte marítimo y terrestre.

<sup>6</sup> Paul Johnson, *Estados Unidos. La historia*, Barcelona, Javier Vergara Editor, 2001, p. 203.

Las fuerzas secularizadoras no detuvieron su marcha pero incitaron la reacción presentada en la década de 1790, cuando ocurrió un renacimiento religioso conocido como el Segundo Gran Despertar.<sup>7</sup> Sería en las comunidades del Noroeste donde la religiosidad renació con fuerza pero también proporcionó una influencia revitalizadora al interior de las iglesias calvinistas de Nueva Inglaterra. El Segundo Gran Despertar fortaleció la identidad religiosa de los creyentes, subrayó la importancia de la moral y la acción social, y estimuló la participación en los movimientos reformistas que se desarrollaron a lo largo del siglo XIX, por ejemplo, el

abolucionismo, la temperancia, el pacifismo, el feminismo y las misiones. Lejos de ser un fenómeno pasajero, el Segundo Gran Despertar tuvo nuevos brotes en la década de 1820, a fines de los años de 1840 y después de 1850. Por ello, no resulta exagerado afirmar que todas las generaciones de estadounidenses de esa

centuria vivieron bajo la influencia del protestantismo evangélico que desplegó un gran esfuerzo proselitista. Alden B. Case, uno de los primeros misioneros de la American Board en México, explicaba que su madre había deseado con todas sus fuerzas que “un campo misionero extranjero” llamara a uno de sus hijos.<sup>8</sup> Los casos de familias que por varias generaciones se dedicaron a las misiones son ilustrativos de esa religiosidad que se expresaba no a través de prácticas sino trabajando por un mundo mejor. El misionero John Howland, que llegó a Guadalajara en 1882 y trabajó en el país a lo largo de cerca de cuatro décadas, era hijo de misioneros y había nacido en la India, donde sus padres trabajaban. En China prestaba sus servicios como misionera

<sup>7</sup> El Gran Despertar fue el primer renacimiento religioso y tuvo lugar en la primera mitad del siglo XVIII. Se le considera un acontecimiento clave de la historia estadounidense, tanto en el campo de la religión como de la política.

<sup>8</sup> Alden B. Case, *Thirty years with the Mexican: in peace and revolution*, New York, Fleming H. Revell Company, 1917, p. 19.





una de sus hermanas. Además, sus dos hijas se casarían con misioneros, y junto con sus cónyuges hicieron importantes contribuciones a la obra misionera desarrollada en Mazatlán y en la capital jalisciense. Howland decía que de sumarse el número de años de servicio en misiones extranjeras prestado por los miembros de su familia, llegaban a acumularse más de 300. Alfred C. Wright, misionero de la American Board en Chihuahua, tenía una hermana misionera en Turquía, y sus hijos —un hombre y una mujer— seguirían sus pasos y trabajarían muchos años en México.

El romanticismo proporcionó otra influencia de larga duración en la sociedad estadounidense, cuyas huellas se descubren tanto en la fundación de la American Board como en sus misioneros. El punto de partida de esa corriente cultural fue el hombre autónomo que la Ilustración había descubierto. La concepción del hombre romántico sobre sí mismo se fundaba en esa autonomía pero, en vez de insistir en la razón y el intelecto, exaltaba la intuición y la sensibilidad poéticas, y creía que éstas podían llevarlo a la verdad. Los románticos hicieron hincapié en la imaginación, la emoción, la experimentación, la informalidad y la apreciación de la naturaleza. Para el romanticismo, la naturaleza llega a su punto más elevado en el espíritu humano, tanto por su capacidad intelectual como por otras características que le son intrínsecas: “el valor, la dignidad, la

creatividad, la libertad, no entendida como opción entre alternativas análogas, sino como posibilidad y deber de elevarse, de ser más, de seguir un destino divino”.<sup>9</sup> Al quitarse peso a la razón, el hombre religioso podía resurgir. La experiencia de lo trascendente aparecía junto con la convicción de que la sociedad era un organismo susceptible de reforma y perfeccionamiento. La afirmación del romanticismo acerca de que las creencias y las instituciones eran fluidas, cambiantes, capaces de manipulación y adaptación, compaginaba bien con la antigua idea calvinista sobre la capacidad del hombre para mejorar su entorno, que volvió a actualizarse gracias al Segundo Gran Despertar. El romanticismo, en razón de su insistencia sobre

el individuo, la validez de las emociones de éste y su capacidad para mejorar las cosas, contribuyó también de manera significativa al ímpetu del renacimiento de la religiosidad en la sociedad.

Transcurrieron alrededor de tres lustros entre el inicio de la primera etapa del Segundo Gran Despertar y la fundación de la American Board. Ese lapso temporal fue suficiente para que afloraran con claridad tanto las consecuencias positivas como las negativas de ese movimiento. Entre las primeras destacan el resurgimiento del fervor religioso y el celo misionero, el aumento de la feligresía de las iglesias, así como del número de personas interesadas en las actividades religiosas. Los principales efectos negativos fueron el surgimiento de nuevas sectas, el fortalecimiento de la noción de que un individuo podía expresar su fe religiosa por medio de cualquier culto protestante sin menoscabo de su cristiandad, la tendencia a disminuir la importancia del clero y de las formalidades litúrgicas. Para incrementar y controlar los resultados benéficos y detener o neutralizar los dañinos, se tomaron diversas medidas, una de las cuales inauguraría el movimiento misionero extranjero, del que la American Board sería la institución pionera.

<sup>9</sup> Evangelista Vilanova, “Idealismo y romanticismo”, en *Historia de la teología cristiana*, Barcelona, Herder, 1992, vol. 3, p. 353.

El clero puritano se propuso encontrar la manera de encauzar el interés en la religión suscitado por el Segundo Gran Despertar, así como de estabilizar a los creyentes, asegurándose de que su crecimiento siguiera adelante. Por otro lado, estaba convencido de la necesidad de volver a unificar a la sociedad, reinstalando en su base los principios religiosos perdidos. Había que guiar la actividad religiosa a través de estructuras específicas con propósitos claramente definidos. Las instituciones reemplazarían los renacimientos religiosos como el método para preservar los principios religiosos y las virtudes republicanas. Las asociaciones voluntarias demostraron ser las idóneas para el logro de objetivos religiosos y seculares porque reforzaban el concepto del individuo independiente, capaz de transformar el mundo, tarea para la cual debía organizarse con quienes compartieran sus mismas inquietudes.

Las primeras organizaciones que promovieron los pastores de Nueva Inglaterra tuvieron como objetivo la evangelización de los colonos que comenzaron a emigrar hacia el Noroeste a mediados de la década de 1780. En 1797, como uno de los primeros frutos del avivamiento, se formó en Connecticut una sociedad que envió misioneros a las comunidades de la frontera. Dos años después se instituyó otra en Massachusetts. Esto marcó el principio de un vigoroso movimiento que intentó hacer de la “frontera”<sup>10</sup> un mundo religioso estable, tan parecido como fuera posible a las trece colonias. Sin embargo, las misiones domésticas crearon un nuevo espacio para la rivalidad entre denominaciones. Sin iglesias establecidas ni controles gubernamentales sobre la actividad religiosa, las regiones del Noroeste presenciaron una intensa competencia por los conversos, esfumándose la esperanza de que pudieran cohesionar a las iglesias tradicionales y a la sociedad. Ese ideal se depositaría poco después en las misiones extranjeras.

La buena acogida que recibieron las misiones domésticas, así como las asociaciones de caridad y beneficencia

<sup>10</sup> Para los estadounidenses, la frontera es la zona escasamente poblada de anglosajones, contigua a las tierras de los indios. Comprende las poblaciones incipientes, con sus puestos comerciales, roturaciones, construcción de caminos, especulación del suelo, entre otras actividades del “desarrollo”.



que por esos años se fundaron en un elevado número, constituyeron la señal de que se había encontrado un medio de estabilizar a la sociedad y acercarla a las iglesias. En 1810, el nacimiento de la American Board representó una nueva fase de esa actividad organizadora. En este caso, el propósito inspirador fue más ambicioso que el de las otras asociaciones al buscar unir al clero y a la feligresía en una cruzada religiosa de proporciones mundiales. Al mismo tiempo, debería preservar el espíritu del Segundo Gran Despertar pero suprimiendo la competencia y la desunión entre iglesias cristianas.

No obstante haber precedido a la American Board, las agrupaciones encargadas de convertir a los colonos no la inspiraron. Tampoco las misiones para los indios que existían desde la etapa colonial. El mayor estímulo provino de la Gran Bretaña. Los estadounidenses se entusiasmaron con la idea de luchar en contra del “paganismo” en los países no cristianos, a través de las obras de los misioneros ingleses que se publicaron en los Estados Unidos más de una década antes de la fundación de la American Board. En 1797, por ejemplo, se reimprimieron los sermones de los evangelizadores enviados a Asia por la Sociedad Misionera de Londres. También se leyeron con avidez las cartas del misionero William Carey, escritas en la India, que publicaron revistas y



periódicos religiosos de Estados Unidos. Pero las Cartas de las Misiones de Melville Horne ejercieron la mayor influencia de que había gozado alguna publicación inglesa. En esas misivas, dirigidas al clero anglicano, Horne afirmaba que las misiones extranjeras revitalizaban la religión en casa y en el extranjero. Sostenía que el hombre era el mismo donde quiera que estuviese, y que así como los ingleses sufrían enfermedades y vicios cuando vivían alejados de la religión cristiana, los paganos estaban sumidos en la barbarie. La idolatría y el fetichismo que practicaban habían pervertido lo sagrado convirtiéndolo en un objeto, en lugar de situarlo en la conciencia personal. Los retos, de acuerdo con este misionero, rodeaban al cristiano responsable tanto por parte del Islam en el Este como del catolicismo desde el Oeste.<sup>11</sup>

El ejemplo británico, combinado con el desarrollo religioso de Nueva Inglaterra, dio origen a un nuevo interés en la evangelización. El modelo a seguir lo re-

<sup>11</sup> John A. Andrew III, *Rebuilding the Christian Commonwealth. New England Congregationalist and Foreign Mission, 1800-1830*, Lexington, Kentucky, The University Press of Kentucky, 1976, pp. 19-20.

presentó la Sociedad Misionera de Londres que había estado recibiendo apoyo económico estadounidense. La comunicación entre esta organización y la Sociedad Misionera de Massachusetts —fundada en los primeros años de la centuria decimonónica— fue constante al grado de que, en 1805, los norteamericanos hicieron miembro honorario de su asociación al presidente de la de Londres. Sin embargo, las misiones extranjeras eran un objetivo un tanto vago y confuso de la Sociedad de Massachusetts, que nunca llegaría a concretarse.<sup>12</sup>

El deseo de imitar —y aun de sobrepasar— el esfuerzo misionero de los ingleses, era congruente con la confianza y seguridad que sentían los estadounidenses del periodo posterior a la independencia, de emprender con éxito cualquier empresa que se propusieran. A partir de la última década del siglo XVIII no sólo renació el espíritu religioso, también se desarrolló la incipiente conciencia nacional estadounidense. Los ciudadanos de la joven república americana —que según el censo de 1810 sumaban poco más de siete millones— se mostraban orgullosos de su recién ganada independencia, así como del crecimiento económico y demográfico alcanzado. Creían haber rechazado todos los prejuicios, supersticiones y errores del Viejo Mundo; se sentían capaces de superar a éste en todos los terrenos y de erigirse en los nuevos guías de la humanidad.

El nacionalismo estadounidense tuvo un significativo desarrollo durante la época jeffersoniana (1800-1812), debido al constante choque de intereses con los ingleses que deterioró las relaciones con la antigua metrópoli y desembocó en un conflicto bélico que algunos contemporáneos bautizaron como la “segunda revolución de independencia” (1812-1814), ya que representó un nuevo rompimiento con la metrópoli, ahora de índole cultural, y una reafirmación de los rasgos característicos de lo estadounidense.

Ese ambiente de nacionalismo exacerbado favoreció la constitución de la American Board. La iniciativa provino de un grupo de jóvenes que estudiaban en

<sup>12</sup> *Ibidem*.



un seminario en las inmediaciones de Boston, que cultivaron por varios años el anhelo de llevar el Evangelio a Asia. Esos jóvenes habían acordado desde 1806 trabajar por “evangelizar al mundo entero”, sobre la base de que podían lograrlo, si en verdad lo querían. Cuando los estudiantes pidieron permiso al organismo que agrupaba al clero puritano, la Asociación General de Massachusetts, para fundar una asociación dedicada a las misiones extranjeras, preguntaron si podían esperar recibir su respaldo o debían solicitarlo a alguna sociedad europea.<sup>13</sup> De igual forma, expresaron su firme propósito de convertirse en misioneros, aun cuando tuvieran que trabajar bajo los auspicios británicos. Por tanto, es lógico suponer que con esa acción retaron el orgullo nacionalista y removieron los sentimientos antibritánicos de los integrantes de la citada asociación, que accedieron de inmediato a la petición. Se trataba de hombres cautos y conservadores que quizá hubieran pospuesto la decisión hasta la llegada de tiempos mejores. La inminencia de la guerra con Inglaterra no era una circunstancia favorable para incursionar en una actividad impredecible como las misiones extranjeras. Sin embargo, otorgaron su respaldo y junto con éste el de las iglesias de Massachusetts y Connecticut para fundar el 5 de septiembre de 1810 la American Board. En un principio no se trató de un organismo dependiente de alguna denominación sino que gozó de autonomía a fin de que pudiera agrupar en su derredor a las distintas iglesias cristianas. Así se realizaba el deseo de construir un espacio ajeno a la competencia entre denominaciones.

Además de la promoción de viva voz que se hizo en éstas, se contaba desde 1804 con *The Missionary Herald* (*El Heraldo Misionero*), una publicación destinada a sensibilizar a la población sobre la necesidad del trabajo misionero. La nueva sociedad alcanzó su estabilidad económica hacia mediados de la década de 1820,

<sup>13</sup> Gaius Glenn y Helen E. Phillips, *An Adventure in Liberty. A short history of the Congregational Christian Churches, Boston y Chicago*, The Pilgrim Press, 1950, Revise edition, pp. 21-22.



gracias a la exitosa misión establecida en las Islas Sándwich, conocidas posteriormente como Hawaii. Como habían previsto los líderes religiosos, “casi todos los americanos podían unirse en el esfuerzo de fomentar ‘hábitos santos, virtuosos y diligentes’”.<sup>14</sup> La guerra en contra del paganismo tuvo un doble frente de batalla: por una parte significó la cristianización de los pueblos que no conocían el Evangelio. El segundo frente quedó en casa, e implicó el esfuerzo por revivir y unificar la religión entre los habitantes de Estados Unidos.

Transcurrió más de medio siglo entre la fundación de la American Board y la llegada de sus misioneros a México, en 1872. Para entonces, las sedes de las misiones que esta sociedad patrocinaba estaban en Hawaii, el oeste y el sur de la India, en Ceilán, Turquía, África del sur, China, Micronesia y Japón.

<sup>14</sup> *Ibidem*. p. 23.